MANOS CON VOZ PROPIA. QUINIENTOS AÑOS DE LENGUA DE SIGNOS

1. *Para enseñar hablar a los sordomudos*. Alfabetos manuales y otros sistemas

Todas las historias sobre las personas sordas se remontan a los primeros datos sobre ellas aportados por los testimonios escritos. De manera general se suele afirmar que la primera vez que se tiene noticia de ellos es en la Biblia y, posteriormente en los textos clásicos de la antigua Roma, en los que, aquellos que no podían oír ni expresarse oralmente, fueron relegados al olvido e incluso a la muerte. A lo largo de los siglos, textos sobradamente conocidos como el *Código Justiniano* (S. VI) o las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio (S. XIII), dejaron patente que las personas sordas carecían de cualquier derecho a heredar o dictar testamento. Tampoco fueron considerados igual los sordos denominados *a natura* o de nacimiento que aquellos *ex accidente,* privados del oído a lo largo de su vida, normalmente por causas traumáticas.

No es de extrañar que la forma tradicional de referirse a una persona sorda, desde antiguo, haya sido mudo, es decir, el que carece de la facultad del lenguaje, que no puede hablar y que no se expresa como los demás, el que tan solo emite sonidos pero no palabras. El concepto mudo no desapareció hasta el siglo XVIII, cuando el abad francés L'Epée (1712-1789), una de las grandes figuras de las historia de la sordera y de la educación de las personas sordas, habló por primera vez en la historia en sus obras de mudos y sordos, realizando distinciones entre ambos. En España, fue el jesuita Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), el primero en emplear el término sordomudo para denominar a aquellos que no podían hablar y que eran sordos de nacimiento. A partir de ese momento, el concepto mudo-sordo o sordo-mudo se generalizó a lo largo del siglo XIX y no fue hasta la década de los años sesenta del siglo XX cuando se desterró este concepto por parte de los especialistas y la comunidad sorda. No obstante, todavía en la actualidad, es frecuente encontrar que esta manera de referirse a una persona sorda es habitual entre oyentes que desconocen el carácter negativo del término.

En toda esta historia de informaciones tradicionalmente aceptadas, aparece la figura de Pedro Ponce de León (h. 1506-1584), un monje benedictino a quien se atribuye el mérito de ser el primero en alfabetizar y desmutizar en el siglo XVI, aunque la historia ha demostrado que existieron otros ejemplos anteriores a él.

Según algunas fuentes, creó un método práctico orientado a enseñar a los dos sobrinos sordos del IV Condestable de Castilla, Pedro de Velasco. Todo aquel proceso, del que poco se sabe, estuvo aderezado con una fuerte carga religiosa en la que prevaleció el milagro en lugar del método, una confusión entre lo clínico y lo cultural. Hoy en día no existe vestigio alguno de su obra, lo cual no pone necesariamente en tela de juicio su existencia real. La primera fuente relacionada con Ponce de León y su trabajo es el manuscrito de Lasso, fechado en 1550, *Tratado legal sobre los mudos*. Este texto fue encontrado de un modo casi casual por Bartolomé-José Gallardo en 1839 entre los

fondos de la Biblioteca Nacional de España y no fue editado ni publicado hasta las primeras décadas del siglo XX.

De todos modos, parece que una serie de errores de interpretación de datos a lo largo de la historia, han hecho creer que Ponce de León fue el inventor de un sistema pedagógico original y revolucionario, cuando no fue tal. Con todo, Ponce fue una realidad cuyos logros, evitando caer en la mitificación de su figura, tampoco deberían negarse.

Un tiempo después, en 1620, Juan Pablo Bonet (1573-1633), publicó la que fue la primera obra relacionada con la materia, al menos de esta sí ha quedado testimonio, *Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar a los mudos*, obra en la que incluyó su alfabeto demostrativo o alfabeto manual. La primera obra que dio a conocer el sistema pedagógico empleado para la reeducación auditiva enfocada al aprendizaje de las personas sordas. No obstante, Bonet no inventó de la nada este sistema, que tiene claros antecedentes en la *mano aretina* o *mano musical,* creada por un monje italiano. Aun así, puede considerarse que este fue el primitivo modelo que después fue empleado por otros pedagogos, llegando a ser el que las escuelas oficiales enseñaban a sus alumnos.

Entre las primeras aportaciones informativas se recoge en la exposición la *Carta del abate Don Juan Andrés sobre el origen y las vicisitudes del arte de enseñar a hablar a los mudos sordos* de 1794, que parece fue una de las primeras aportaciones informativas sobre los hechos y personajes más significativos que habían ocurrido en territorio español, en materia pedagógica para los sordos, entre los siglos XVI y XVIII. Una carta dirigida a su hermano en la que ensalzó el buen hacer de algunos maestros españoles frente a los franceses, que adquirían cada vez un mayor reconocimiento como principales impulsores de la enseñanza y creación de métodos de comunicación para las personas sordas. Realizó un breve recorrido por las figuras europeas, incidiendo en la figura del abate L'Epée; para acabar por afirmar que fueron los españoles los primeros y principales impulsores en materia educativa para con los sordos y que ejercieron notable influencia en otros focos europeos.

La historia de la educación y el aprendizaje de los sordos en España está jalonada de distintas figuras clave que permiten establecer una cronología en nuestra historia. En el siglo XVIII la figura de Lorenzo Hervás y Panduro se convierte en el eje central para comprender la evolución de los sordos, su consideración y los intentos por alfabetizarlos. *Escuela española de sordomudos ó Arte para enseñarles á escribir y hablar el idioma español* fue su principal obra y es considerada la primera propuesta seria de un diccionario básico de signos españoles, recopilados por el autor gracias a su trabajo como profesor de alumnos sordos en la escuela de Roma. Allí entró en contacto con el sistema educativo del abad L'Epée. Todo en la obra de Hervás, que aquí se expone, es tremendamente novedoso: entendió que la lengua de signos, tenía una estructura gramatical y unos esquemas lingüísticos que la hacían equipararse en condición de igualdad a otras lenguas del mundo. Pero además, diferenció por primera vez la sordera de la mudez y observó que todos aquellos que quisieran ser maestros en los colegios especiales debían conocer perfectamente su lengua de señas, una concepción muy moderna.

El siglo XIX trajo consigo avances y novedades, principalmente en materia educativa, que materializaron figuras como Juan Manuel Ballesteros (1794-1869) con sus cursos y manuales para sordomudos; Francisco Fernández Villabrille (1811-1864) quien publicó Diccionario usual de mímica y dactilología en 1851, el primer diccionario de señas editado en España; y Carlos Nebreda y López (?-1876) con su Tratado teórico-práctico para la enseñanza de la pronunciación de los sordos-mudos.

En la mayor parte de estas obras los autores hicieron especial hincapié en la importancia de desmutizar a las personas sordas. El fin último era enseñarles a hablar, siguiendo un método que, por regla general, les enseñaba primero a leer y después a hablar. Enfocado a que comprendieran el mundo oyente que les rodeaba y, si era necesario y podía suponerles una ayuda, utilizaran el alfabeto manual como mero apoyo.

El Nuevo abecedario manual y demostratibo… de José García Hidalgo (1646-1719), fechado en 1692, y el Alfabeto manual para la instrucción de los sordos del Real Colegio de Madrid, son dos de los ejemplos que aquí se presentan. Este segundo fue editado en 1815, siendo maestro director Tiburcio Hernández (1772-1826).

De todos modos, también en otros ámbitos existen importantes antecedentes del alfabeto manual que influyeron en su creación. Así, aunque siempre se ha afirmado su vinculación con los lenguajes de señas monacales, no es posible que un sistema simple, subjetivo y nada sistematizado como ese, fuera su principal punto de partida Resulta más probable que el sistema denominado quironomía, indigitatio o dactilología, del inglés Beda el Venerable, fuera una de sus influencias más fuertes. Un sistema de comunicación numérica, rescatado en el siglo VI de la Antigüedad, que Beda proponía transformar en un alfabeto manual, y que llegó a emplearse en la pantomima del teatro como tal. En definitiva, según Gascón Ricao, hasta el siglo XVI existieron tres tipos diferentes de dactilología: una simbólica y bimanual que requería que la mano izquierda señalara diferentes puntos de la derecha con distintos significados; otra dactilología indirecta que requería el uso de otros símbolos o de señalar diferentes partes del cuerpo; y la última la unimanual que interpretaba la forma gráfica de las letras, cuyo ejemplo más claro es el alfabeto manual español. No obstante, como suele ocurrir en esta intrincada historia del origen de la Lengua de Signos Española, parece que fueron algunas más las influencias recibidas y las figuras implicadas en la creación de aquel primitivo sistema de comunicación. No es sencillo esclarecer todos los datos, pero debemos ser conscientes de la realidad.

A mediados del siglo XIX el alfabeto dactilológico continuaba siendo el mismo empleado por Bonet, el considerado originalmente español, el mismo que se continúa empleando en la actualidad, aunque con las lógicas modificaciones del uso continuado del mismo y del paso del tiempo. Ballesteros afirmaba que existían tantas variedades como países en los que se empleaba y signantes y las variantes eran incalculables. Además parece que los sordos no gustaban mucho de emplearlo, a menos que fuera imprescindible o no pudieran expresar de otro modo aquello que querían decir. Contaba con veintiuna posturas con una sola mano, que se aprendían en poco tiempo y con las pequeñas modificaciones de algunos movimientos en el aire servían para representar no solo las letras, sino también sílabas, lo que se conoce como dactilología o lenguaje de los dedos.

De manera paralela, y antes de existir una concepción cultural de la sordera, fueron frecuentes diversos “remedios” de nula eficacia e, incluso, demostradamente perjudiciales para la salud, relacionados con los estudios del sonido que se desarrollaron entre los siglos XVII y XIX. En la exposición puede verse un ejemplo de las punciones realizadas en la trompa de Eustaquio y otro de los llamados anteoídos: dos casquetes metálicos unidos por una diadema. Cada uno de esos pabellones contenía en un interior un tubito que iba a parar al conducto auditivo, imaginamos que con el fin de amplificar, de algún modo, el sonido. Aquellos anteoídos eran más visibles en los hombres que en las mujeres, que podían disimularlos con los rizos y adornos del pelo. Lo mismo que ocurría con las trompetillas que, a menudo, se ocultaban entre las barbas de los caballeros para que pasaran inadvertidas. Todos aquellos artilugios desaparecieron en pos de las prótesis eléctricas, los audífonos y, ya en la década de los cincuenta del siglo XX, los implantes. Ayudas técnicas que han evolucionado en precisión y confort y cuya regulación como medios de apoyo a la comunicación oral destinados a las personas sordas, con discapacidad auditiva y sordociegas, también está recogida en la Ley 27/2007.